

# Ramón Zubieta:

## La firmeza y la ternura que nos encantó

Por: Ángela Cabrera,  
Misionera Dominicana.



### Breve introducción

El contexto histórico es una buena fuente para conocer a Ramón Zubieta y para entenderlo (1864-1921). El acceso a su biografía, a los relatos de testigos oculares, así como a las cartas escritas de su puño y letra, nos enriquecen y son un desafío. Las dominicas estamos ante el reto de conocer el modelo de misioneras que Ramón Zubieta, junto a Madre Ascensión, soñaron.

La personalidad de Zubieta se desarrolla en una época efervescente. Se trata del tiempo de tránsito entre los siglos XIX y XX. Hay una humanidad en continuo dinamismo: revolución industrial, desarrollo de los pueblos en sus más diversas expresiones (científicas, artísticas, literarias, etc.); pero también hay una humanidad sumergida en grandes controversias políticas, como la

Primera Guerra Mundial (1914-1918) y sus secuelas socio-económicas, que no pueden ser ignoradas.

El tiempo de Ramón también recuerda las luchas de género. Aunque muchos hombres y mujeres lograron abolir la esclavitud, la hazaña no conquistó el deterioro del régimen patriarcal. Por eso, entre los siglos XIX y XX se recuerda una de las primeras oleadas feministas en busca del rol equitativo en las esferas sociales: igualdad ciudadana (derecho al voto), protección contra los abusos, derecho a la propiedad, educación, etc.

### Educado por principios femeninos

La lucha por la liberación femenina influyó, de alguna manera, en las convicciones de Zubieta. Pero, ¿sería posible identificar el origen de esta sensibilidad? No es fácil focalizar una sola vertiente. Me inclino a suponer que si el padre de Ramón, Joaquín Zubieta, murió cuando él tenía nueve meses de edad, siendo el menor de cuatro hermanos (Roca, Juan y Florentino), éste creció influenciado por la ternura y la firmeza de su madre Ramona Lés.

Al identificar la fuente espiritual de doña Ramona encontramos una sólida devoción mariana como medio eficaz para llegar a Dios. Por eso, la referencia a la

Virgen del Yugo, patrona de Arguedas (Navarra), donde nació nuestro Fundador, se hizo tan conocida entre las misioneras dominicas del Rosario.

Los primeros años de Ramón acontecieron en una de las etapas más críticas de su madre. Él crece entre la fe y la esperanza de una viuda que pone un cuidado especial en el último retoño de la familia. Lo cotidiano de la madre es, pues, lo cotidiano del hijo: visitar los enfermos, rezar el rosario, dar limosnas a los más pobres, además de participar como monaguillo en la Parroquia de San Esteban... Ramón, desde su infancia, cultivó un destacado perfil espiritual, reconocido por las personas que le rodearon.

En la infancia de Ramón Zubieta encontramos muchas evidencias de mujeres. Entre ellas: su prima Sor Teresa de Jesús, monja dominica; y su tía, también dominica, Sor Catalina, la que había comentado que «Ramoncito era muy tonto para ser dominico». Curiosa y bendita «tontuna» lo distinguía... que lo llevó a permanecer firme en su proyecto dominicano.

Una vez entrado en la Orden de Predicadores, descubrimos lindas correspondencias de Ramón tanto para su madre como para su hermana Roca. Al leerlas se constata una fuente de ternura y una consecuente ausencia de autoritarismo. La dulzura que tuvo con las mujeres que le vieron crecer se extenderá a las otras con quienes compartió el espacio teológico-misionero.

La historia saludable de Ramón Zubieta, sin mucho forzar, puede ser comparada a la realidad de nuestro Padre Domingo en el hogar liderado por la madre Juana de Aza (1140-1202). Aún perteneciendo a la nobleza de Castilla, se destaca por su sencillez evangélica y la santa alegría, virtud que la distinguió entre los que la rodeaban, incluyendo a los del servicio doméstico, a quienes trataba como si fuesen de la familia. Los valores de Domingo, sin ser casualidad, son los mismos valores que forman parte del perfil de Juana: compasión y misericordia.

Juana de Aza tuvo acceso directo al cuidado y la formación de sus tres hijos. Fue la primera en conducirlos por los principios de vida cristiana. Lo que María de Nazaret fue para Jesús, Juana fue para Domingo. Porque ella, tras sus sueños e intuiciones, fue la primera en ser informada en los asuntos de predicación. Juana infundió en Domingo el amor por la Virgen de Castro, cuya ermita está cerca de Caleruega.

Como Juana a Domingo, Ramona introdujo a su hijo en la devoción de la Virgen. Y es posible que este dinamismo «misionero» de su infancia le despertara, posteriormente, su vocación apostólica. En fin, si en la Orden Dominicana tenemos a María como pilar de referencia, los cimientos han de encontrarse en las madres de estos predicadores que, de alguna forma, también cimentaron la espiritualidad que nos distingue.

### **Nos encantó por la firmeza y por la ternura**

Zubieta inicia su noviciado en 1881 en el convento de Ocaña, que pertenecía a la provincia de Filipinas y China –es decir, a la provincia de Nuestra Señora del Rosario–, dedicada especialmente a la evangelización misionera. Su labor apostólica fermentará a partir de su ordenación sacerdotal en 1889. Sin duda, su misión en Filipinas (en la que trató de establecer contacto con los peligrosos grupos tagalos e igorotes, y por lo que

pasó 18 meses en prisión), influyó en su eficacia en el nuevo Vicariato Misionero en el sur-este peruano. Este hombre tenía 36 años cuando asumió tamaña tarea.

Ramón Zubieta fue ordenado obispo en 1913, cuando su opción y su pasión estaban cimentadas. Como dice la sabiduría popular: «si quieres saber quién es Juanito, dale un carguito». Y el pastor se dio a conocer entre las ovejas. Él asume con sensibilidad evangélica y con profunda determinación, la responsabilidad confiada. Esto lo confirman las palabras que el padre Osende le dedica: *«porque nada encantaba tanto como su humildad en la grandeza»*.

Los pasos de Monseñor Zubieta, desde su infancia, lo fueron forjando como pastor. Y en cada una de las etapas vivida actualizó la misión según la necesidad teológico-social del momento. Muchos lo identificaron como persona de talante alternativo para la sociedad civil y eclesial. Sencillamente, porque se adelantó a la visión de sus contemporáneos, integrando ética y teología, fe y compromiso social.

Queda registrado –y no sólo en nuestros libros– que el territorio selvático en torno de los ríos Madre de Dios y Urubamba modelaron la figura de nuestro Fundador, y de nuestro carisma:

*«Me conmovió profundamente la situación de la mujer en la selva. Desde ese momento se me clavó en la mente y en el corazón la idea de remediar tanta vileza y no veía otra manera que introducir en el apostolado de la Montaña la colaboración de religiosas. Sólo ellas podían penetrar en el alma de esas mujeres y darles a conocer su propia dignidad»*.

Y así fue gestándose una nueva misión encarnada en el suelo latinoamericano, solidaria con lo socialmente «insignificante»: la mujer. En la práctica, Ramón Zubieta fue impulsando paradigmas alternativos para la construcción del Reino, un Reino que extrapoló, bajo sus criterios, los límites eclesiales en busca de fieles en la selva peruana.

En la teología misionera de nuestro Fundador hubo discernimiento del momento histórico para dar respuesta a la voluntad de Dios. Y este discernimiento no fue ajeno a los principios dominicanos, por lo cuales se orientó. Recordemos que la Orden fue pensada por Domingo a partir de la comunidad apostólica. Por eso, la espiritualidad que distingue el pensamiento y la práctica de Zubieta impulsa la comunión de amigos y amigas en un mismo Espíritu. Y es en esta comunión donde el Espíritu se manifiesta porque se trata de unión, y no de asuntos aislados.

Nuestro fundador fue un hombre de raíces espirituales muy fuertes. Por eso no vagó en periferias teológicas que le habrían restado objetividad para la Obra Misionera. Le importó la eficacia y no la apariencia. Se identificó con los testimonios que hablaron del amor de Jesús por la humanidad. Desde ahí, sus palabras nos son familiares:

*«Lo que vosotras hacéis, donde quiera que os encontréis, vale más que los trabajos de una comunidad de religiosos, más que todos los sermones, sencillamente porque educáis a la mujer, base de la familia y de la sociedad»*.

La misión liberadora en favor de la mujer sitúa a Zubieta y a nuestras hermanas entre los agentes de cambio social de todas las épocas. Concluyo, en este sentido, copiando las palabras que Elisabeth Schüssler Fiorenza retoma de Anna Julia Cooper (afro-norteamericana/1892):

*«Una mujer [...], cuando se arriesga a pensar, moverse y hablar, cuando se arriesga a comprometerse en ayudar a modelar, tallar y dirigir el pensamiento de su época, completa meramente el círculo de la visión del mundo [...]. Hasta ahora, el mundo caminó tropezando con el paso cojo y con la incertidumbre unilateral de un hombre con un ojo. De repente, la venda es tirada del otro ojo, todo el cuerpo se llena de luz y ve un círculo pleno donde antes había sólo un segmento. Cuando el ojo oscurecido es restaurado, cada miembro se jubila junto con él».*<sup>1</sup>

En fin: reflexionemos sobre la misión que nos fue confiada. Las palabras de Ramón Zubieta: «Oír hablar de vosotras como las heroínas del siglo es mi felicidad», ¿todavía se encuentran vigentes? Compartamos nuestra disponibilidad para hablar, movernos y ayudar a moldear el pensamiento de la época a partir de nuestro ser femenino.

---

<sup>1</sup> Traducido de Elisabeth SCHÜSSLER FIORENZA, *Caminhos da sabedoria: uma introdução à interpretação bíblica feminista*, Nhanduti, São Paulo 2009, p.73.